



Socialisma

Utöpio

EL ENFRENTAMIENTO NORTE-SUR Y EL SOCIALISMO DEL FUTURO

Franz J. Hinkelammert (*)

Quiero agradecer mucho esta cálida recepción y agradecerles a todos la posibilidad de poder exponer aquí algunas reflexiones sobre lo que puede significar tanto el choque o la confrontación Tercer Mundo-Primer Mundo, Sur-Norte, como el impacto que la crisis de los países del socialismo histórico y su colapso final, a partir de 1989, ha tenido en esa confrontación Sur-Norte.

La crisis del socialismo histórico, la reformulación del capitalismo y la derrota del Tercer Mundo

Yo creo que la crisis del socialismo es una crisis que se da durante la década de los ochenta y coincide con un período de derrota del Tercer Mundo. Es claro que en los años ochenta suceden las dos cosas a la vez. Y sería bueno preguntarnos qué relación tienen ambos acontecimientos y qué es lo que está ocurriendo con la victoria del sistema capitalista. Por un lado esa victoria se logra con la derrota del socialismo histórico y por otro la derrota del socialismo histórico se vincula con la derrota del Tercer Mundo. Por lo menos así lo percibo yo.

Cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, por casualidad yo estaba en Alemania, y por la noche vi las filmaciones por televisión. Evidentemente fue un hecho conmovedor, las caras de la

* Professor convidat de Política Econòmica de la Universitat Lliure de Berlín, de la Universitat de Xile i d'Hondures, i actualment, Membre del Departament Ecumènic d'Investigació (DEI), a « San José » de Costa Rica

gente, era un levantamiento popular. Sin embargo, después de 30 años de vivir en América Latina, yo había visto varios momentos de este tipo. Lo había vivido en Chile, en 1970, y lo he vuelto a ver. Las mismas caras, esa misma esperanza. Me dejó un sabor amargo a la vez que un sentimiento profundo de satisfacción. Y me preguntaba ¿qué podía significar ahora para nosotros ese sabor amargo en Centro América?. Una semana después encontré algo así como una respuesta. Lo percibí como respuesta simbólica. Por entonces ocurrió la masacre de los jesuitas en San Salvador. La masacre de los jesuitas eliminó uno de los tres o cuatro centros de la Teología de la Liberación en América Latina. Sólo quedó un jesuita, quedó Jon Sobrino por casualidad, porque estaba de viaje. El hecho del muro de Berlín fue noticia para todo el mundo, la masacre de los jesuitas quedó callada, no pasó nada. En España un poco más porque la mayoría eran españoles. Pero fuera de España no había nada que notar. Era algo obvio. Había una razón directa para esconder a la opinión pública la masacre al ocurrir muy poco después de un acontecimiento como era la caída del muro.

Sin embargo yo creo que simbólicamente reveló algo que durante los años ochenta habíamos percibido: la crisis del socialismo desemboca en la derrota del Tercer Mundo, y desemboca ahora en una reformulación del capitalismo mismo. Los años cincuenta, sesenta, son décadas de desarrollo del Tercer Mundo y de cierta integración, a la vez que son épocas de endeudamiento. Son décadas en las cuales el Tercer Mundo tiene cierto poder de negociación. De los años cincuenta hasta los setenta existían las Naciones Unidas, y las Naciones Unidas constituían una plataforma de varios países y entre ellos los del Tercer Mundo. A finales de los años ochenta dejaron de existir las Naciones Unidas. Se transformó en el vocero de un solo país y éste actúa en nombre de siete, los famosos siete países del norte desarrollado. Las Naciones Unidas dejan de ser la voz de muchos pueblos, las Naciones Unidas se transforman en otra de las garras que tiene el poder del Norte. En 1989 se comentaba por América Latina que el Segundo Mundo no se podía recuperar si el Primer Mundo no lo admitía en el banquete donde devora al

Tercer Mundo.

A partir de esta reflexión podemos formular unas tesis en torno a los acontecimientos que podemos ubicar en la década de los ochenta y que están interconectados en el momento actual.

Con la desaparición del socialismo histórico, el Tercer Mundo, por primera vez, se encuentra solo frente al Primer Mundo

La primera tesis se refiere a la transformación del mismo capitalismo, a la derrota del socialismo histórico y a la avalancha que pesa sobre el Tercer Mundo. Esto aparece durante los años ochenta, especialmente a partir de la asunción del gobierno de EE.UU. por parte de Reagan. Aparece un capitalismo que vuelve a definirse como un capitalismo desnudo, un capitalismo puro. El capitalismo deja de ser reformista: un capitalismo que se pronunciaba a favor de la economía social del mercado. Ahora aparece un capitalismo que se define de nuevo claramente en favor de la lógica de los mercados como única lógica social. Es un capitalismo de la disolución del Estado, no de la disminución del Estado. Aumenta el Estado pero como Estado represivo. Sin embargo, en la disolución de las funciones del Estado, el Estado es mirado como un Estado mínimo bajo un fuerte aspecto antiestatista. Reagan hace la campaña electoral con un lema que revela esto. Dice "No tenemos problemas con el Estado, el Estado es el problema". Es una tesis extremista que podríamos variar en muchos sentidos. Esto va unido a una concepción del capitalismo que es claramente antipopular.

En este capitalismo no caben las organizaciones populares. Donde tiene que tolerar, tolera, pero el capitalismo ya no se define como un sistema que tiene que negociar con organizaciones populares, sino que tiene que derrotarlas. Esto comienza en EE.UU. con la derrota de la huelga de los controladores. En América Latina es el resultado de las dictaduras de la Seguridad Nacional de los años setenta, que hicieron un trabajo muy profundo, muy radical en la destrucción de las organizaciones populares. Aparece una democracia sin organización popular, que

es la democracia típica de América Latina. Con esto, los movimientos populares, sean movimientos de liberación, reformistas o hasta socialdemócratas de cualquier índole, son extremadamente débiles. Ahora con la crisis del socialismo pierden una referencia que en los años cincuenta y sesenta había jugado un papel importante para ellos.

Quisiera hacer una reflexión sobre esta función que han jugado los países del socialismo histórico en el Sur. Dado que el conflicto de los sistemas se había transformado en un conflicto global, muchos movimientos de liberación podían recurrir al apoyo de los países socialistas en su confrontación. Ahora esta posibilidad dejó de existir. Pero creo que hay un segundo elemento que quizás es más importante todavía. Los países del socialismo histórico, que para muy pocos movimientos de América Latina eran un modelo, eran sin embargo la prueba de una alternativa viable. Algunos no están de acuerdo con lo que hacen, pero se dan cuenta de que si ellos pueden, nosotros también podemos. Y si ellos lo hicieron mal, nosotros lo haremos mejor. No era un modelo, sino una prueba de las alternativas que se podían intentar, alternativas que se podían realizar y que eran viables. Creo que la masacre de los jesuitas era como el último paso para comprobarlo. Y esto se acabó.

Antes ya había habido otra masacre que se conoció menos todavía, la masacre de febrero de 1989 en Caracas (Venezuela), una masacre muy general, con miles de muertos por un conflicto sobre el aumento de los precios, que había desembocado en un pillaje de supermercados. Aparece entonces un capitalismo desnudo que tiene la lógica de los mercados y que la imprime a todas las actividades de la sociedad. Se declaraba que no había alternativa. Se impactaba sobre todo el mundo, se escuchaba por todas partes que ya no había alternativa. Y esto significa capitalismo puro o nada. Se trata de un pensamiento sumamente extremista que impregna ahora al capitalismo: "O nosotros o nada". Creo que este desarrollo del capitalismo de los años ochenta empieza ya en los años setenta y constituye una primera tesis que es básica para entender lo que ocurre en el Tercer Mundo a partir

de los años ochenta: con la desaparición del socialismo histórico, el Tercer Mundo, por primera vez, se encuentra solo frente al Primer Mundo.

Los países del Primer Mundo siguen necesitando a los países del Tercer Mundo, pero ya no necesitan de su población: El Tercer Mundo se transforma en una población sobrante

La segunda tesis se refiere al hecho de que este desarrollo capitalista desemboca en una determinada posición frente al Tercer Mundo que podría resumirse con las siguientes palabras:

“Necesitamos a los países del Tercer Mundo pero no necesitamos a su población, hay demasiada gente. Pero a los países no los soltamos, jamás los vamos a soltar. Los necesitamos por las materias primas, aunque cada vez menos. Hay muchas sustituciones de materias primas pero seguimos necesiándolas. Los necesitamos como basurero donde meter nuestro veneno, ya que no podemos destruir nuestra naturaleza, tenemos que mantenerla limpia. Pero mandamos nuestros desperdicios a Caracas, Buenos Aires, Centro América... Necesitamos al Tercer Mundo aunque sea como basurero. Necesitamos sus mares, su aire, sus árboles, aunque sea para cortarlos. Pero no necesitamos a la población”.

Este es un cambio para América Latina, un cambio que ciertamente se anuncia desde hace mucho tiempo, y frente al cual, pese a todo, se intentaron desarrollar, durante los años cincuenta y sesenta, políticas de desarrollo. Tales políticas, sin embargo, fueron objeto de toda clase de trabas para que salieran a flote. América Latina fue integrada desde hace quinientos años en el mercado mundial vía sus materias primas, siempre ha sido así. Su población fue integrada en el trabajo vía la producción de estas materias primas. Durante mucho tiempo ocupó su fuerza de trabajo.

Pero hubo un tiempo en que faltó la fuerza de trabajo para trabajar toda esta materia prima, y entonces se hizo mediante el

trabajo forzado, por esclavitud. Trescientos años, cuatrocientos años de esclavitud marcan a América Latina. Son años de trabajos forzados que pesan sobre estos países y también sobre E.E.UU., que se ha desarrollado en las mismas circunstancias. América Latina era, pues, un lugar que necesitaba población y muchas veces se consiguió a la fuerza. Pero ahora con la racionalización de la producción de materias primas, sobre todo, en los años setenta y ochenta, aumentó la productividad y disminuye la necesidad de población, tanto que hoy la mitad de la población de América Latina se ha transformado en una población sobrante.

Con esto cambia la teoría clásica de la explotación. Esta, desarrollada por Marx en el siglo XIX, es una teoría que parte de una situación de confrontación entre trabajo y capital, en la que el capital utiliza toda la fuerza de trabajo disponible, no en cada momento, sino de forma alternativa provocando, a la vez, desempleo y pleno empleo. Hay un desarrollo oscilante de la fuerza de trabajo. A la larga ésta es siempre requerida en períodos de buena coyuntura y se la envía al desempleo en los períodos de baja coyuntura. Así es como aparece el concepto de explotación bajo el punto de vista de la extracción. El explotado es un ser humano que trabaja y produce mucho más de lo que se le retribuye. Toda esta teoría de la explotación habla de una plusvalía, que se extrae al trabajador del producto producido por él. Se trata, pues, de una teoría de la explotación basada en una fuerza de trabajo efectivamente necesitada, efectivamente explotada, y con poder de negociación. Hay un dicho orgulloso: "Todas las ruedas se paran si tu brazo lo quiere". Ese es el orgullo obrero del siglo XIX. Y de ahí su visión de la solidaridad: "Proletarios de todo el mundo, uníos". Porque si se unen tienen poder, y si no se unen no lo tienen.

Ahora bien este tipo de explotación deja de tener la relevancia que había tenido en el siglo XIX, ya que cada vez son más los trabajadores que resultan sobrantes. El desempleo no puede ir a la huelga ni tiene poder de negociación. Y esto influye fuertemente en la nueva configuración de la clase obrera: el que tiene trabajo goza de un privilegio, el ser "explotado" es un privilegio.

¿Cómo va a sentirse explotado, si él está feliz por el sólo hecho de tener trabajo?. El otro no lo tiene, el otro corre detrás de su trabajo. La explotación clásica deja de tener sentido, ya que “yo como obrero tengo un puesto de trabajo y gano lo suficiente para poder vivir, estoy bien, estoy mejor que los otros, que los desempleados”.

Se rompe la solidaridad obrera y desaparece la posibilidad de concebir la explotación como una relación entre capital y obrero contratado. Pero ahora “el explotado es el que no logra ser explotado” y por tanto, se confunde todo el mundo. Ahí aparece esta población sobrante, sobre todo en los pueblos del Tercer Mundo, y éstos tienen un poder de negociación tan mínimo que no pueden imponer su participación. Creo que es un punto claro que se radicaliza con la creciente desnudez del capitalismo, y que confirma la segunda tesis que acabamos de mencionar: “los países centrales del Primer Mundo siguen necesitando a los países del Tercer Mundo, pero ya no necesitan de su población”.

Al Tercer Mundo se le impide toda política de desarrollo

La tercera tesis me parece, también, importante: cuando se recrudece el capitalismo éste impide toda política de desarrollo en los países subdesarrollados, de los cuales se dice que están en vías de desarrollo. Es decir, pierden la capacidad para efectuar cualquier política de desarrollo. Cuando hay una población sobrante ya no es posible ocuparla de acuerdo con la clásica producción de materias primas. La única forma de integrar a la población, en la actual división social del trabajo, es un desarrollo relacionado con el mercado mundial, en definitiva con los países centrales industrializados. Sin embargo el capitalismo de los años setenta y ochenta se interesa cada vez menos por el desarrollo de los países subdesarrollados, especialmente de América Latina, y creo que después se orienta, incluso, en contra de él. Se sustituye lo que antes se llamaban economías de desarrollo por otro tipo de economías que podríamos denominar de pago de la deuda.

Toda América Latina se transforma en un gran aparato económico para pagar las deudas externas. Ya no hay desarrollo, y esto se hace en nombre de la desnudez del mercado. Todo tiene que ser mercado, pero la deuda es del mercado y por lo tanto hay que pagarla. El resultado es que el pago de la deuda sustituye a la política de desarrollo de los años cincuenta y sesenta. En buena parte el pago de la deuda lleva al estancamiento de la industria, y en muchas partes a la disminución de la producción industrial. Este estancamiento y disminución de la producción industrial lleva al aumento del desempleo y por lo tanto al aumento de la población sobrante.

Parece que detrás del hecho de este cobro despiadado de la deuda externa hay un proyecto no confesado, el proyecto de no admitir más desarrollo de los países del Tercer Mundo. Hay varias razones, una de las cuales es obvia: los años setenta y ochenta, son los años en los cuales la crisis del medio ambiente se hace más presente en la conciencia del Primer Mundo, no solamente de los pueblos del Primer Mundo sino, también, en la conciencia de los que ostentan el poder en el Primer Mundo. ¿Qué pasa si el Tercer Mundo se desarrolla industrialmente?

La respuesta es suficientemente clara. Cuanto más el Primer Mundo se alarma con la crisis del medio ambiente, menos dispuesto está a aceptar una política eficiente de desarrollo industrial en el Tercer Mundo. Sabemos que un desarrollo sensato del Tercer Mundo ya no puede ser una copia del desarrollo que han tenido los países actualmente desarrollados. El medio ambiente no lo podría resistir. Sabemos también que un desarrollo sensato obligaría al propio Primer Mundo a rehacer toda su producción para someterla a las condiciones de sobrevivencia de la humanidad. Puesto que no hay disposición para esto, el Primer Mundo se prepara para usar la destrucción del ambiente del Tercer Mundo en su propio beneficio. Aquí radica la importancia de la deuda externa del Tercer Mundo. Se trata de impedir la entrada de los países subdesarrollados en la división mundial del trabajo. La deuda externa es un instrumento ideal para conseguir este objetivo. El resultado es que los países del Tercer Mundo se ven

obligados a una reducción desesperada de las materias primas que suprime su potencial de desarrollo industrial.

Tengamos, también, presente una segunda cosa: la enorme importancia que ha tenido en el desarrollo de los años setenta y ochenta la competencia japonesa dentro de los clásicos países del Primer Mundo, EE.UU. y Europa Occidental. A EE.UU. esto les lleva a una especie de fobia que podríamos resumir con una frase que dice: "Nunca más Japón, un Japón es suficiente y ya demasiado, nunca más Japón". El posible desarrollo de países del Tercer Mundo se percibe como una amenaza mortal. Se trata, en definitiva de destruir la única vía que podría aportar soluciones a los problemas urgentes de la población sobrante que se ha producido.

¿Existe alternativa? Aumenta la conciencia de que no existe alternativa

Podríamos ver a partir de estar tres primeras tesis una cuarta. Si tenemos en cuenta esta desnudez de la lógica del mercado, en nombre de la cual ahora se produce la población sobrante, se produce, también, la destrucción del desarrollo y con esto una creciente explotación de los países del Tercer Mundo. ¿Qué alternativa existe? Lo que en realidad ocurre es que el sistema opera con un dogma fundamental: No hay alternativa. Y efectivamente, la razón de necesitar una alternativa está precisamente en estas tendencias destructoras que la propia lógica del mercado hace presente en la población del Tercer Mundo.

Si no existiera este problema creo que no haría falta siquiera preguntarse ¿cuál es la alternativa? Pero la pregunta permanece: ¿cuál es nuestra alternativa frente a eso?. Quiero volver al dicho de Reagan que he mencionado al comienzo: "No tenemos problemas con el Estado, el Estado es el problema".

En la búsqueda de alternativas, el movimiento socialista siempre ha buscado alternativas a estos efectos destructores de la lógica del mercado. Pero pienso que el movimiento socialista

ha cometido un error básico, que le llevaría posteriormente a su colapso. Invirtió la tesis del capitalismo desnudo, que no es, en realidad, una tesis inventada por Reagan. Es una tesis que corresponde a doscientos años de sociedad burguesa. El mercado tiene una lógica destructora si se lo deja conservar. Y el movimiento socialista la invirtió de la siguiente forma: "No tenemos problemas con el mercado, el mercado es el problema". Es la misma lógica de Reagan, pero invertida.

Yo creo que aquí nació un socialismo que se ha colapsado y en el cual ya no nos podemos volver a inspirar si buscamos la alternativa. Sin embargo necesitamos la alternativa, hace falta la alternativa. Alternativa frente al mismo sistema, frente al que el socialismo histórico quería ser alternativa. Pero se perdió. Y una de las razones, creo que no es la única, es el haber percibido la alternativa a esta lógica del "mercado total", de la totalización del mercado, como abolición del mercado.

Para nosotros el problema consiste en reformular la alternativa, pero a partir de una ubicación del mercado, no como algo que debe ser abolido, sino como algo que debe corregirse, transformarse, canalizarse, cosa nada fácil ahora. A esto se refieren algunos cuando insisten en la palabra "economía social del mercado". Yo no creo que la "economía social del mercado", tal y como la conocemos, que es como fue inventada en Alemania, sea suficiente. Pero éste no es el problema. Yo creo que el problema está en las alternativas, tienen que ser alternativas que no vuelvan a plantearse como abolición.

La negación de las alternativas por parte de la sociedad burguesa es abolición, abolición del Estado. La respuesta no puede ser abolición, abolición del mercado. Sino desarrollar las funciones del Estado de una manera tal que los efectos del mercado puedan ser efectos canalizados positivamente y que no planteen esta destructividad que se da en el momento en el que el mercado es totalizado. Tenemos que ver cómo desarrollar los métodos, pero tenemos que decidimos a buscar las alternativas por ahí. Entonces alternativa no es alternativa al mercado, sino

alternativa al “mercado total” que se vuelca en contra del ser humano y de la naturaleza.

Solidaridad, esperanza y Utopía

Quiero hacer al final algunas reflexiones sobre la solidaridad. Cuando aparece en estos años ochenta esta vuelta al capitalismo desnudo, cuando el capitalismo se hace de nuevo extremo en nombre del “mercado total” (la palabra “mercado total” es una invención de los neoliberales), cuando viene el “mercado total” se produce la reacción hacia la destrucción de los movimientos populares y nos encontramos ante una tesis que ideológicamente se profundiza en nuestros ambientes cada vez más. Esta tesis es la siguiente: “la solidaridad es perversión”. Solidaridad es querer el cielo en la tierra y quien quiere el cielo en la tierra produce el infierno en la tierra y la solidaridad se transforma en el pecado original de la sociedad, en contra de la cual hay que luchar. Aparece entonces la desesperación; arrebatar la esperanza como elemento utilizado para estabilizar esta propia sociedad de mercado. Cuanta menos esperanza hay, más estable es esa sociedad.

La guerra psicológica que está presente en toda América Latina, es una guerra de destrucción de las esperanzas. Solidaridad es Utopía. Es querer el cielo en la tierra y quien quiere el cielo en la tierra produce el infierno en la tierra. Por lo tanto tenemos que erradicar la Utopía para que la sociedad del mercado sea estable, para que la sociedad del mercado pueda producir sus frutos y para que pueda ser la sociedad del “mercado total”. Para que la lógica del mercado sea la única lógica que pueda prosperar.

Es una política de la promoción de la desesperanza. Si yo me salvo, yo me salvé. Yo no tengo que ver con los otros y no debo, porque si incluyo a los otros yo soy Lucifer. Quiero el cielo en la tierra y voy a producir el infierno en la tierra. Cuanto peor trato a los otros mejor para todos. La destrucción de la esperanza. La desesperanza se transforma entonces en una técnica de estabi-

lización de la sociedad del "mercado total". Cuanto más "mercado total", más necesidad de promocionar la desesperanza. Es una lucha de clases total, cuyo éxito es precisamente la destrucción de la esperanza y con ello la destrucción de la dignidad del otro.

Sin embargo, no puede haber alternativas sin esperanza. La alternativa es la realización de algo que, como esperanza, como solidaridad, yo pido. Si destruyo la alternativa, destruyo la alternativa como algo que se realiza en común. Eso sea quizás lo más difícil, o una de las cosas más difíciles, frente a esta guerra en contra de los pueblos que en América Latina se lleva a cabo, muchas veces, en nombre de la misma democracia. Es muy difícil pensar cómo contestar a esta realidad.

Voy a rozar una posibilidad de respuesta. Yo creo que en la sociedad actual siempre suele resultar que el asesinato es suicidio. Esto es lo que pasa con las armas atómicas. Con las armas atómicas el asesinato se ha transformado en suicidio. Las dos cosas son lo mismo. Yo creo que la transformación del mundo constituye una totalidad: en la naturaleza, en la división social del trabajo, en la destrucción de la naturaleza, en la explotación que es un asesinato, un suicidio. Explotación es suicidio. Sé que esto no es respuesta. Pero posiblemente es un camino en el que es posible crear conciencia en todos aquellos que se dan cuenta de ciertos fenómenos de destrucción. La destrucción no puede prescindir de la solidaridad. Y si bien la solidaridad es portadora de la Utopía, esta Utopía muestra, a la vez, un camino y posiblemente el único camino que podría servirnos para salir.